

Hablaremos ahora de la génesis y desarrollo de la literatura en Jalisco, considerada en su punto de vista individual y en su conexión con la nacional, de que es parte integrante.

Natural ha sido que la producción de toda índole de la antigua Nueva Galicia se diera á conocer más fácilmente en la capital que la yucateca, por simple razón de geografía, como que Jalisco se halla en inmediato contacto con aquélla, en tanto que Yucatán ha continuado viviendo con el resto del país en la misma condición de la época del dominio de España. Nuestra península oriental sigue haciendo el papel de colonia insular mexicana, con lo que no hay que decir que sus relaciones con el centro y los otros Estados no son más íntimas que las que se cultivaran entre pueblos puramente vecinos, mas no ligados por identidad de intereses.

Nido de águilas la simpática Guadalajara, sus pensadores no han tenido necesidad de cansar el vuelo para venir á posarse en las alturas de la capital, que con sólo serlo, basta á dar notoriedad á todo lo que en ella por cualquier concepto se distingue. Padre de las letras jaliscienses fué de pleno é indiscutible derecho el conspicuo varón D. Francisco Severo Maldonado, quien dió su verbo á la insurrección de Dolores en el justamente titulado *El Despertador Americano*, primer órgano de publicidad periódica al servicio de la causa de la independencia, y ave fénix de cuyas cenizas brotó días más tarde *El Ilustrador Americano*, ya arriba mencionado. Comparte con Maldonado el honor de la prioridad literaria jalisciense D. Judas Tadeo Ortiz, dotado de señaladas aficiones á los estudios sociológicos, en los que, al decir del ya notable joven literato D. Victoriano Salado Álvarez, á cuyo ilustrado dictamen nos atenemos, aventajó al ilustre guana-juatense Dr. D. José María Luis Mora.

Empero, Maldonado y Ortiz deben ser considerados como los precursores de la era de las letras en Jalisco, que el doble título de fundador y maestro lo reivindica el preclaro y eminente reverendo padre carmelita fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, quien á modo de aquellos ingenios tutelares del Renacimiento, así cultivó letras y artes como las enseñó y propagó con amor singularísimo.

Durante el período transcurrido de 1834 á 1856, en que este gran pensador ejerció su luminosa influencia en Jalisco y en todo el Occidente, su modesta celda radiaba como santuario consagrado al culto de Palas Atenea, á donde acudían á abrevarse en las doctrinas del gayo saber y de las gayas artes, y aun de las complejas ciencias políticas, pintores y músicos, poetas y prosadores, estadistas, oradores y periodistas; de todo entendía el discretísimo fraile, y puede asegurarse que no hay ramo del humano saber que no haya cultivado con acierto ejemplar. Gloriosa fué la misión del padre Nájera, y dan testimonio de su fecunda enseñanza nombres tan ilustres como los de Calderón, Cruz Aedo, Villaseñor, D. José María Vigil y otros, orgullo legítimo de las patrias letras (1).

Mientras así se desarrollaba la literatura en los extremos Oriental y Occidental de la República, cobraba en el centro más amplios y empinados vuelos.

La agrupación lírica fundadora de la Academia Lateranense se enriquece con el concurso de poetas de lozana y ardorosa inspiración. Numerosa es esta nueva falange, mas, como en todas las manifestaciones de ingenio, unos cuantos son los llamados á culminar y ganar la palma del triunfo.

Aunque no hijo de la tierra mexicana, de la que en sus ansias de libertad, astringidas en el suelo natal, la cautiva Cuba, hizo su patria de adopción, D. José María Heredia merece ser colocado á la cabeza de esta constelación de vates que brilla sin ocaso. Viril y levantada la inspiración, robusto y lleno de majestad el acento, sencilla hasta la nitidez la expresión de la idea, es Heredia como la encarnación de aquel dios que en la vieja teogonía preside y armoniza el movimiento de los astros. Fué lírico fecundo, produjo mucho y bueno, mas de sus producciones, una hay que cual excelsa cumbre de elevada cordillera

(1) Ponemos al padre Nájera como fundador y maestro de las letras de Jalisco, no por nacido en aquella región de la República, pues vió la luz en esta ciudad de México en 19 de Mayo de 1803, en la cual hizo sus estudios, sino porque ya cargado de saber, en la plenitud del desarrollo de sus altas facultades, fué á establecerse en Guadalajara, en desempeño del priorato del convento de su Orden, y allí fué donde derramó el caudal de su sabiduría en juveniles cerebros que no defraudaron los afanes y esperanzas de tan insigne maestro.

á todas las sobrepuja: su canto al Niágara, que habrá de vivir mientras atruene el espacio la portentosa catarata.

Don Ignacio Rodríguez Galván es la personificación genuina del romántico mexicano. Ninguno de los poetas de su época vertió como él su alma con más espontaneidad en sus vigorosas estrofas. Su musa habitualmente sombría, siniestra á las veces, hace resonar su lira con vibraciones terríficas. Nadie como él presintió las desgracias de la patria, y al increpar á los que gobernaban, toman sus versos toda la aterradora solemnidad de los trenos de Jeremías; y cuando vaticina lo porvenir, relampagueando de ira é indignación, pinta los infortunios que van á sobrevenir, y que, ¡ay!, en hora menguada sobrevinieron, cual si los estuviera presenciando, como si sus ojos de vidente poseyeran la dolorosa facultad de penetrar las tinieblas del futuro.

Rodríguez Galván goza del don de traducir sus ideas con claridad singular, sin sacrificar para nada el giro poético; hay en sus imágenes palpitante realismo; su estro es arrebatado, cual cuadraba á su temperamento nervioso, y es trueno y torrente y desatado huracán su acento, cuando su inspiración toca al paroxismo. ¡De cuánta promesa de gloria literaria nos defraudó su temprana muerte! ¡Qué no habría dado de sí aquel talento precoz en llegando á madurez (1)!

Hay que dar aquí lugar á D. Casimiro del Collado, que si español por nacimiento, nacionalidad que nunca quiso perder, no embargante el acendrado cariño que profesaba á esta tierra mexicana, en ella fué donde su bien inspirada musa produjo sus sazonados frutos. Es el temperamento contrapuesto al de Rodríguez Galván. Su estro plácido y sereno desconoció los arranques de la vehemencia, y fluían sus versos como mansa y diáfana corriente, que así deja percibir las arenas de oro en que se encauza, como refleja el cielo azul de una conciencia pura, nunca oscurecida por el torbo negror de las tempestades. Si la obra de Collado hubiera de ser afiliada en alguna escuela, sería sin vacilar en la clásica, de cuyos principios estaba empapado. A no ser profundo cristiano, habría sido un estoico. Enteramente dueño de sí mismo, sus composiciones salían de primera mano tal como quería que fueran conocidas, con esa frescura y ese tono de dulzura que se advierte en las pinturas de los maestros por las que ha pasado ya la pátina del tiempo.

Fué también notabilísimo lírico D. Fernando Orozco y Berra, sin embargo de que fuera en otro género de letras en el que más sobresalió. Con diversa vocación de la de su hermano D. Manuel, son los dos como las dos caras de preciosa medalla. Ambos poseyendo talentos privilegiados, en tanto que éste los aplicaba á los estudios de historia, los de aquél, menos coercibles, obedeciendo á sus impulsos creadores, dábanse á las bellas letras, en las que no subió á menor altura que el sapientísimo hermano.

(1) Rodríguez Galván murió en la Habana á la edad de veintiséis años.



D. Alejandro Arango y Escandón

Don Luis Gonzaga Ortiz fué el romántico de la agrupación que venimos esbozando, cuya lira pagó mayor tributo al divino Eros. Anacreonte fué para él el intérprete por excelencia del sentimiento poético; mas su sensual musa nunca atentó contra los inviolables fueros de la honestidad, semejando á la Arsinoe de Merejkowski, mitad pagana, mitad cristiana. Bien que tal moderación fué quizás impuesta por el medio en que floreció, en el que aun no llegaban á conocerse las obscenidades del naturalismo.

Valieran más de lo que valen los tesoros que guarda el suelo de Guanajuato, más que ellos pesa y vale su excelso poeta D. Juan Valle. Huérfano de la luz, huérfano de la escuela, huérfano de la fortuna y huérfano hasta del materno amor, esa cuádruple orfandad no impidió el desarrollo de su alta y creadora fantasía, que, ciego como fué, acertó á concebir y expresar la forma y coloración del mundo externo. «El poeta de la revolución» llamóle su ilustre biógrafo D. Francisco Zarco, que la gloriosa revolución de Ayutla, la más radical de nuestra historia, fué el inspirador numen de Valle, á cuyos ideales consagró sus mejores cantos. Y obtuvo el premio, cómo no; sufrió la innoble venganza de sus inmisericordiosos adversarios políticos, á quienes no alcanzó á aplacar ni el aislamiento, ni la pobreza, ni la ceguera misma del poeta sin ventura; que en las guerras civiles los hombres se tornan en implacables fieras.

Daremos el calificativo de poetas menores, no en el sentido clásico del concepto, quede entendido, á los que aun cuando no produjeron obra trascendente, ni influyeron de modo notable en el desenvolvimiento literario, por haber pagado tributo á la madre Poesía, alguna vez con afortunado estro, tienen derecho á que se les recuerde. Larga es la lista, con todo y que en ella no entran á figurar cuantos han versificado en el diluvio de hojas impresas llovido de nuestras tipografías, sino únicamente aquellos que, no faltos de estudio ni de acierto, llegaron á producir obras, bien que no desdeñadas, no capaces de romper las penumbras de la mediocridad.

Este fenómeno de la muchedumbre de poetas, en la época de que tratamos, responde á una ley del tiempo: de una parte el sentimentalismo que domina en los pueblos jóvenes; de la otra, la escasa difusión de las ciencias positivas, cultivo reservado á un escaso número de personas, y luego, como complemento de esos coeficientes, los impulsos del romanticismo, que dió voz y autoridad á cada individuo para externar su propio sujeto en la simpática forma del verso, forma á la que se presta á maravilla nuestra armoniosa lengua.

A esta categoría pertenecen D. José María Lacunza, D. José María Lafragua, D. Félix María Escalante, don Francisco Granados Maldonado, D. Francisco González Bocanegra, autor de nuestro himno nacional, don Antonio Larrañaga, D. Agustín A. Franco, D. Juan Díaz Covarrubias y D. Manuel Mateos, promesa cegada en flor por las iras del odio político (1), D. Manuel Tosiá Ferrer, D. Andrés Davis Bradburn, D. Marcos Arróniz, D. Joaquín María del Castillo y Lanzas, D. José González de la Torre, D. José María Rodríguez y Cos, y las poetisas D.^a Josefa Letechipía de González y D.^a Dolores Guerrero, hija de Durango ésta y aquella de Zacatecas.

Las publicaciones en que se dieron á conocer estos ingenios, y que influyeron poderosamente en la propagación y cultivo de la literatura en todo el país, fueron, aparte de las hojas de carácter político, las que, como en otra parte queda dicho, consagraban una sección á las bellas letras, los semanarios *El Amigo del Pueblo*, *La Minerva* y *El Recreo de las familias*, que deben ser considerados como los iniciadores del movimiento literario en la República, á los que sucedieron los de imperecedera fama *El Mosai-co Mexicano*, *El Museo Mexicano*, *El Semanario de las Señoritas*, *El Presente Amistoso*, *El Liceo Mexicano* y *El Repertorio de Literatura*, en los que se emularon, con honra de la tipografía nacional, editores tan inteligentes como D. Ignacio Cumplido, D. Vicente García Torres, D. Mariano Lara y D. Ignacio Escalante.

(1) Díaz Covarrubias y Mateos sucumbieron á los veintidós años de edad el primero y á los veintitrés el otro, el 11 de Abril de 1859. Estudiantes de Medicina, prestaban servicios humanitarios al cuerpo de ejército constitucionalista que mandaba D. Santos Degollado. Derrotado éste en Tacubaya, Díaz Covarrubias y Mateos cayeron prisioneros y fueron pasados por las armas.

Oblíganos la cronología á volver á Yucatán, donde la aparición de un hombre verdaderamente extraordinario funda y enseña el culto de lo bello con la autoridad de maestro indiscutido, autoridad que nadie impone, sino que se establece de sí misma, como se establece é impone todo lo que es superior. Fué este varón el doctor D. Justo Sierra, versadísimo humanista, disertado en todo linaje de conocimientos, juriscónsul de nota, eminente publicista, novelador original, y sólo no fué poeta; es decir, no hizo versos, porque hartó sabía, su recto juicio se lo habría dictado, que Apolo no adjudica el lauro á las mediocridades.

Entre todo lo mucho y excelente que fluyó de la inagotable vena del ilustre yucateco, dejó un monumento que por sí solo basta á justificar la universalidad y solidez de sus conocimientos: *El Fénix*, periódico poligráfico que publicó en la ciudad de Campeche, en el que pueden hallar sana y sabrosa enseñanza todos los apetitos de saber.

Débase al doctor Sierra la mayor iniciativa y el empeño no menor en la fundación de la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida, instituto del que partió el esparcimiento fecundo de las Buenas Letras y de los estudios científicos por toda la esfera de influencia en que la capital de la península ha hecho sentir desde tiempo atrás su supremacía intelectual. El doctor Sierra presidió, impulsó y alentó aquella nueva evolución, cuyas nobles tendencias no tuvo poder de estorbar el horror de la guerra de castas, de aterradora recordación. Bien que, dicho sea en honor de aquel pueblo peninsular, no ha habido contradicción del orden social ó de la naturaleza á que no haya sabido sobreponerle la inquebrantable tenacidad de su carácter y el inextinguible entusiasmo en que arde por ascender á las cimas del progreso humano.

Dió la Academia vida y aliento á talentos notabilísimos, que adquirieron notoriedad en los diversos ramos del saber. Ahora nos limitaremos á hablar de los poetas líricos, género en el que llevaron la palma don Vicente Calero Quintana, D. José Antonio Cisneros, D. Pedro Ildelfonso Pérez, D. Ramón Aldana y don Wenceslao Rivas, en Mérida, y en Campeche D. Miguel Duque de Estrada-Leclerc y D. Luis Aznar.

Calero Quintana adquirió renombre más merecidamente como prosador que como lírico, género en el cual produjo poco, mas ese poco puro y correcto, cual cumplía á quien como él hizo del estudio asunto de seria ocupación, gobernado por un criterio exento de falaces influencias ó de opiniones preconcebidas. Fué grande amigo del doctor Sierra, cuyas doctrinas respetaba como cánones. Su inspiración no rompió ningún dique, y se distinguió por lo sencilla y discreta.

El estro de Cisneros es el del hondo pensador que se acoge á las gracias de la musa para dar atractivo y encanto á las sugerencias de la razón. Poeta esencialmente reflexivo, no obedeció á los geniales arranques del romanticismo, y hay que emparentarlo con Jorge Manrique ó con el autor de la *Epístola Moral*.

Espíritu inventivo, bajo el título de *Quimeras* trató de crear una forma de poemitas, contrapuestos á las *Doloras* del inmortal Campoamor. Cisneros daba ó pretendía dar en ellos, á todas las evoluciones del ente humano y á todos los accidentes de la vida, explicaciones, no cabe decir soluciones, optimistas, á las veces empapadas de ternísima piedad. Esta invención no ganó favor, y no que pecara por el concepto, ni por la tendencia, sino por las circunstancias que presidieron á su aparición. Su horóscopo fué impropicio: nació cuando Yucatán era presa de la guerra civil más desatentada; lo que allí se producía en letras no resonaba más acá del Grijalva. Las *Quimeras* hubieron, pues, de morir en grumo.

El maestro, que alcanzó á serlo á su turno, cuando ya el doctor Sierra había abandonado cátedra y liza, llegó á ejercitarse en la sátira, y pluguiera á Dios que nunca tal hiciera, que en ella se mostró cruel, despiadado, sin misericordia. Su envenenado aguijón rasgaba las carnes y se clavaba en los huesos. Cabe una atenuante: su sátira fué erupción de desahogos personales. Perverso animal, se defendía cuando era atacado.

Maestro fué Cisneros, y fuélo por adivinación de su ingenio, según los procedimientos modernos: quería que cada inteligencia se desarrollara por el esfuerzo propio; buscaba, ó, mejor dicho, provocaba las manifestaciones espontáneas del talento, y el estudio era para él, más que asunto de reglas y doctrinas, de puro estímulo. Su influencia sobre la juventud que le rodeó fué sana y provechosa, y no hay que imputarle á mal acierto el que algunos defraudáramos sus esperanzas.